

en una mesa; esta es la rueca. Con un pequeño gancho hecho en forma de huso, se sacan los filamentos, se reúnen muchos de ellos, se hace dar vuelta al huso y se obtiene un hilo. Durante esta operación, el obrero tiene cuidado de mojar en aceite el índice y el pulgar; porque el hilo de amianto corta y desuella la piel, y con el aceite se suaviza el filamento y se hace más fácil para hilar. Ya obtenido el hilo, se siguen, para hacer con él el tejido, los mismos procedimientos usados para el cáñamo y el lino. La larga duración del trabajo y sobre todo la rareza del lino viviente, dan una idea de la riqueza de los romanos, que empleaban los tejidos de amianto, no solamente para camisas funerarias, sino también para ropa de mesa. 1 Para limpiar esta ropa de nueva especie, basta arrojarla al fuego; de él sale purificada de toda mancha y vuelve á su primer estado de brillo. Pero los tejidos de amianto son naturalmente secos, de suerte que la simple frotación basta para romperlos; se les conserva untándoles de aceite, y cuando se quiere hacer uso de ellos se les pasa por el fuego. Así es como la misma camisa funeraria podía servir largo tiempo en una misma familia. 2

Augusto, fué, pues, envuelto para ser reducido á cenizas, en este sudario incombustible; y luego fué depositado en un *loculus* del mausoleo imperial. Marcelo su sobrino y Germánico, el ídolo del pueblo, vinieron bien pronto á reunírsele. 3 Fue-

1 Inventum jam est quod ignibus non absumeretur; vivium (linum) id vocant, ardentisque in focus conviviorum ex eo vidimus mappas, sordibus exustis, splendentes igni magis quam possent aquis. Regunt inde funebres tunice, corporis favillam ab reliquo separant funere... Nuscitur, in desertis... assuescitque vivere ardendo, rarum inventu, difficile textu propter brevitatem... Ergo huic lino principatus in todo orbe.—*Plin.*, lib. XIX, c. 1.

2 Véase Ciamp., *Monim. Vet.* t. III, p. 220.

3 Tacit., *Annal.*, III.

ron seguidos de Octavia hermana de Augusto, de Druso y de los otros miembros de la familia reinante, con excepción de las dos Julias, una hija, y otra sobrina de Augusto, que fueron excluidas por orden del mismo Augusto. El último emperador que fué á tomar allí su lugar, fué Nerva, el año 98. Pero como lo hemos observado ya, ni el prestigio de aquellos grandes hombres, ni las rejas de bronce, ni las paredes de mármol, pudieron proteger el monumento imperial que hoy no es más que una informe ruina; mientras que en los mismos lugares reinan gloriosos Pedro y Pablo en sus sepulcros que se han convertido en templos. Solo el cristianismo tiene el privilegio de dar inmortalidad hasta en la tumba.

16 DE ENERO.

Plaza del Pueblo.—Obelisco.—Santa María del Pueblo.—Naumaquia de Domiciano.—Trinidad de los Montes.

No lejos del mausoleo de Augusto está la plaza del Pueblo. Bajamos á ella á buena hora con el fin de volver á tomar el camino en el punto en que lo habíamos dejado ayer. Hermosos paseos, plantíos de verdes árboles, rodeaban la tumba de los Césares, y este eliseo romano estaba sembrado de monumentos fúnebres que pertenecían, en su mayor parte, á los libertos de la familia imperial. Además de los testimonios de la historia, tenemos en favor de este hecho un gran número de inscripciones tumulares halladas en el lugar. Solo referiré la siguiente:

D. M.

VLPIO. MARTIALI. AVGVSTI.
LIBERTO. A. MARMORIBUS.

«A los dioces Manes. A Ulpio Marcial, liberto de Augusto, conservador de los mármoles.»

Al cambiar de destino, no ha perdido la plaza del Pueblo nada de su belleza. Es vasta, circular y está rodeada de estatuas y de soberbios edificios. En el centro, se levanta el obelisco de Augusto con una magnífica fuente, cuyas aguas caen en un recipiente de granito. La circunferencia está cortada por las tres calles de *Babovino*, del *Corso* y de *Ripetta*, que prolongan el rayo visual hasta el centro de Roma, mientras que las bellas iglesias que forman el recinto de la plaza, hacen descansar en ellas la vista deslumbrada con tanta magnificencia y armonía. A la izquierda se dibujan los céspedes del *Pincius*, cortados por senderos en espiral; y á la derecha los verdes árboles que costean el Tiber. La puerta Flaminiana, con sus bajos relieves, completa el panorama. Esta plaza anuncia dignamente la ciudad de Roma á los viajeros que llegan de Francia ó de Alemania por el camino de Toscana. También, desde la antigüedad, la han elegido los emperadores, los papas, los cardenales y los príncipes soberanos, para hacer su entrada pública á la ciudad eterna. Vitelio entró á ella precedido de sus legiones victoriosas para venir en seguida á expirar miserablemente al pié del Capitolio; y Pio VII, de inmortal memoria, al volver de su destierro pasó por allí, acompañado de las bendiciones y de las lágrimas de un pueblo á quien él servía de modelo y de padre.

Nos aproximamos al obelisco para estudiarlo mejor; tiene setenta y cuatro piés de altura, sin comprender el pedestal en que descansa, ni la cruz magnífica con que está coronado. Después de la victoria de Actium y la conquista de Egipto, mandó Augusto trasladar á Roma este soberbio monolito; lo colocó en el *Circus maximus*

y lo dedicó al Sol. En 1589, lo retiró Sixto V de los escombros del Circo, lo mandó erigir en la plaza del Pueblo y lo consagró á la cruz, verdadero sol del mundo. El obelisco mismo refiere su historia y canta su nuevo destino. En el primer costado se lee:

IMP. CÆSAR. DIV. F.
AVGVSTVS.
PONTIFEX. MAXIMVS.
IMP. XII. COS. XI. TRIB. POT. XIV.
ÆGIPTO IN POTESTATEM
POPVLI ROMANI REDACTA
SOLI DONVM DEDIT.

«El emperador César, hijo del divino César, Augusto, soberano pontífice, emperador doce veces, cónsul once veces, tribuno catorce veces, habiendo sometido el Egipto al imperio del pueblo romano, ha ofrecido este don al Sol.»

En el segundo costado:

SIXTUS. V. PONT. MAX.
OBELISCVM. HVNC.
A. CÆS. AVG. SOLI
IN CIRCO MAXIMO RITV
DICATUM IMPIO
MISERANDA RVINA
FRACTUM OBRVTVMQVE
ERVI TRANSFERRI
FORMÆ SVÆ REDDI
CRVCIQ. INVICTISS.
DEDICARI JVSSIT.
A. M. D. LXXXIX. PONT. IV.

Sixto V, soberano Pontífice, mandó desenterrar, trasladar, restaurar y dedicar á la cruz victoriosa, este obelisco sacrilegamente consagrado por Augusto al sol, en el gran Circo, y después miserablemente roto y sepultado bajo sus ruinas. Año 1589, cuarto de su pontificado.²

Haciendo alusión á la iglesia inmediata de Santa María del Pueblo, añade el obelisco:

ANTE SACRAM
ILLIVS ÆDEM
AVGVSTIOR
LÆTIOREQVE SVRGO
CVIVS EX VTERO
VIAGINALI
AVG. IMPERANTE
SOL JVSTITIÆ
ESORTVS EST.

“Me levanto más santo y con más gozo delante del santuario de aquella de cuya seno virginal salió bajo el imperio de Augusto el Sol de la justicia.”

Penetrados de aquella poesía dos veces sublime por la materia y por la forma, quisimos honrar en su templo á la Virgen, tan cantada por el menolito egipcio. Y María parece merecer aquellos cantos y nuestros homenajes, sobre todo en aquel lugar, porque es bello contemplar el tipo augusto de la pureza y de la misericordia reinando sobre las ruinas de la tumba de Neron. “Cuando murió, dice Suetonio, sus nodrizas Egloga y Alejandria con Acté, le sepultaron en el sepulcro de la familia Domicia, que se vé desde el Campo de Marte, sobre la colina de los Jardines: 1” En este lugar tocado por las impuras senizas del parricida coronado, creció al cabo de los tiempos un nogal de un tamaño admirable. El copudo arbol llegó á ser el refugio de una nube de cuervos que desolaban aquella parte de Roma. Se recurrió á María; ella se apareció al papa Pascual II y les dijo que aquellos cuervos eran espíritus de tinieblas; le mandó que se cortara el arbol funesto (*albero malnat*), que se arrojara al viento las cenizas infames y que se edificase en aquel lugar un templo en honor suyo. La orden fué cumplida literalmente. En 1231, el papa Gregorio IV, rodeado de todo el pueblo y del Sacro Colegio, llevó con gran pompa á

1 Véase á Mazzolari, Landucci, Albreici.

Santa María del Pueblo la imágen milagrosa de la Virgen Santa, venerada hasta entónces en San Juan de Letran. De estos dos hechos, el primero está consignado en los anales de la historia 1, el segundo está grabado en los bajos relieves de estuco dorado que están á la derecha y á la izquierda del altar. Tres siglos más tarde, en 1578, se vió al papa Gregorio VIII ir allí en procesion con todo el clero, y descalzo, á pedir por intercesion de María, la terminacion de la peste de que estaba amenazada Roma, y con esto la peste desapareció. Estos títulos y otros muchos, justifican y explican la veneracion del pueblo romano hácia la *Madonna del Popolo*. ¿Hay necesidad de añadir que la Reina del cielo está aquí, como en los otros santuarios de Roma, rodeada de una numerosa corte de santos y de mártires? Basta nombrar á San Pedro, á San Pablo, San Andrés, San Estéban, San Lorenzo, San Hipólito, San Tiburcio, San Inocencio de la legion Tebana; á Santa Rufina, Santa Segunda, Santa Inés y Santa Faustina, cuyo cuerpo descansa en el altar de la Concepcion, en la capilla Cibo.

Costeando la base del monte *Pincius*, llegamos á la plaza de España adornada con la bella fuente llamada *Barcaccia*. Allí estaba, segun los arqueólogos, la famosa Naumáquia de Domiciano 2. Los señores del mundo pagano no hacian otra cosa mas que robar al Oriente y al Occidente para edificar en Roma baños y teatros; y es preciso decirlo, para pintar á la sociedad de la cual eran personificacion, hasta su popularidad y su cetro eran á este precio. Arriba de la plaza de España se desarrolla la soberbia escalera que con-

1 Suet., in Dom., c. IV,

2 Reliquas Ægloge et Alexandria nutrices cum Acte cuncubina gentili Domitiorum monumento condiderunt, quod prospicitur e campo Martio impositum colli Hortorium. In Ner. vers. fin.

17 DE ENERO.

Templo de Antonino.—Puente y castillo Sant-Angelo.—Anécdota sobre una cuadrilla de bandidos.—Santa María in Traspontina.—Columnas de San Pedro y de San Pablo.—Cúpula de San Pedro.—Palla (Bola).—Cementerio de los Peregrinos.

Monseñor de B. . . nos habia obtenido el permiso de subir á la cúpula de San Pedro y él mismo debia acompañarnos. El tiempo estaba como se desea cuando se quiere gozar del magnífico panorama de Roma y sus alrededores, considerado desde el punto culminante de la ciudad. Mas en vez de tomar la línea recta, bajamos al centro de la ciudad, á fin de visitar un monumento que habíamos visto ya veinte ocasiones sin estudiarlo. En la plaza *di Pietra* se encuentran los restos imponentes de un antiguo edificio. Once columnas muy majestuosas, de mármol blanco, acanaladas y de orden corintio, están todavía en pié y sostienen un magnífico entablonado de mármol. Las tres primeras pertenecen á un pórtico, porque el arquitebe que las une es saliente por los dos lados; las otras ocho sostenian la bóveda de un templo ó de una basilica; en sus capiteles se apoya un arco alabeado que deja entrever la grandeza del edificio. ¿Cuál era este monumento? Unos pretenden que era el pórtico y el templo de Neptuno, edificado por Agrippa en memoria de las batallas navales ganadas por Augusto; pero la opinion más comun vé en él un templo de Antonino. Como quiera que sea, los soberanos Pontífices han puesto cuidado en conservar esta ruina, mandando levantar paredes que apoyan las columnas y la bóveda; de esto ha resultado un edificio vasto y regular, en el cual ha establecido Inocencio XII la *aduana de tie-*

duce á la Trinidad de los Montes *de Monti* y á la academia de Francia; aquí estábamos totalmente dentro de casa. La bella iglesia de la Trinidad, con los edificios que la rodean, pertenece á nuestra patria. Nuestras señoras del *Sagrado-Corazon* dan allí á las jóvenes Romanas la educacion tan distinguida y tan cristiana que todo el mundo conoce. Despues de haber saludado el obelisco de Salústio, levantado delante de la iglesia por la magnificencia de Pio VI, entramos para ver el célebre *Descendimiento de la cruz* de Daniel Volterre. Es citado por Poussino como uno de los primeros cuadros de Roma y prueba todavía apesar de sencibles degradaciones, que el Poussino lo habia clasificado perfectamente bien. Se admira sobre todo el grupo de la Virgen Santa y de las santas mujeres, la cabeza de nuestro Señor que cae verdaderamente como cae la de un cuerpo muerto, *come corpo morto cade*, y aquel hombre subido en la escalera, tan lleno de animacion y tan maravillosamente dibujado.

La colina que recorriamos, así como el convento de las Carmelitas y Capuchinos, estaban ocupados en otro tiempo por los jardines de Lúculo, que llegaron á ser más tarde la posesion ¡de Mesalina! ¿Por qué admirarse de que para santificar el teatro de un deleite vergonzoso y de una opulencia dos veces escandalosa, haya establecido la Providencia en ese mismo lugar á los ángeles de la pureza y á los modelos vivientes de la pobreza voluntaria, quiero decir, á las vírgenes del Carmelo y á los hijos de San Francisco? Tierno contraste que el cristiano no puede ver sin admirarlo y bendecirlo.